

que fué materialmente destrozada y hecha trizas por un sacristán ávido de los laureles de Viriato. Había dado orden á sus guerrilleros de que no perdonaran á nadie. El estrago fué inmenso, la lucha breve y sangrienta, el gozo de Tilín delirante. Dispersáronse la mitad de los soldados por la vertiente de Monserrat; muchos perecieron batiéndose con ardor; cincuenta quedaron prisioneros con treinta y dos caballos y gran número de armas.

Era aquella la primera victoria formal del águila que había tenido por nido una sacristía y por plumaje una sotana. Pero él miró su triunfo como hombre acostumbrado á saborearlos y se apresuró á tomar las medidas necesarias para hacerlo más fructífero. Sin dar descanso á su gente recorrió los pueblos de la carretera hasta cerca de Cervera. Calaf, Vilamajor, Montfalcó, Rabasa le vieron dentro de sus muros, y de grado ó á regañadientes diéronle todo cuanto se le antojó pedir. Los mozos ingresaban con gusto, porque ya los frailes habían hecho su papel y tenían soliviantado al país; no así el dinero, para cuya percepción necesitaba Tilín emplear argumentos un poco fuertes y hablar con los fusiles de sus bárbaros soldados. Ovaciones y plácemes tuvo el héroe; y allí eran de ver cómo le ensalzaban los frailes y le mandaban golosinas las monjas, y le precedían todos magnífico porvenir y fama no menos grande que la de los más exclarecidos guerreros de la cristiandad.

No quiso llegar á Cervera, y retrocediendo volvió á internarse en Pinós, para de allí pasar á la cuenca del Cardoner y marchar á Cardona, donde esperaba recibir nuevas órdenes de Pixola. Había recogido doscientos hombres, más de quince mil duros, muchas armas y ochenta caballos. Por el camino instruía y armaba su nueva gente, aumentaba y organizaba un escuadrón. Satisfecho de tantos y tan rápidos triunfos, y comprendiendo por éstos y por la magnitud de su suerte, que merecía ser coronel, pensó darse á sí mismo este grado; mas la modestia habló en su alma y contentóse con ser comandante por el momento. Lo hizo extendiendo un oficio en que textualmente decía: "En atención á mis eminentes servicios á la causa de la religión y del trono absoluto, vengo en nombrarme comandante de los ejércitos de la fe."

Revolviendo en su titánica mente estos y otros altos pensamientos, decía para sí:

—¡Rabo y uñas de Lucifer! Si Pixola no me reconoce el grado... le fusilaré.

## VIII

Llegó cerca de Cardona el 1.º de Agosto. El calor era sofocante, y un sol canicular abrasaba y asfixiaba el país. Existe en aquel ducado uno de los más admirables prodigios de la Naturaleza en Europa, y es la montaña de sal, que tiene más de cien varas de altura y una legua de circunferencia; inmenso cris-

tal duro y brillante, con el cual podrían abastecerse todas las cocinas del mundo durante siglos de siglos, si fuese suprimido el mar. Los mágicos reflejos irisados, los cambiantes de mil colores que producen los rayos del sol al herir las vertientes de aquel peñasco, que semeja colosal diamante caído de las arracadas del cielo, seducen y embelesan la vista. No se parece aquello á nada de cuanto en otras campiñas y montañas se ve. Sus crestas relampaguean, sus costados fulguran, en sus caprichosas grutas compiten los reflejos de todas las piedras preciosas.

Al caer de la calurosa tarde, las tropas de Tilín descansaban junto á una aldea, y á la sombra de espesos bosques. El jefe avanzó paseando por la carretera, en compañía de su segundo y del padre Maza, no el de los cincuenta palos, sino un beato mínimo de Cervera, que se le había incorporado en calidad de capellán, asesor militar, intendente, con ciertos vislumbres y pujos de jefe de Estado Mayor por su gran pericia topográfica en aquel país. Iba Tilín meditabundo, con las manos á la espalda, ademán harto común en los grandes genios militares, y contemplaba el monte de sal que con la fuerza de los rayos del sol parecía estar sudando, y brillaba de tal modo, que en ciertos parajes no era posible fijar la vista en él. De pronto vieron los paseantes que por el camino abajo venía un hombre á caballo. No se le pudo distinguir bien en el primer momento porque los resplandores del vibrante sol en la montaña

cristalina parece que le envolvían en diabólica luz, semejante á telarañas de fuego; pero cuando estuvo cerca, advirtiéndose que era el caballero de buen porte y el corcel de magnífica estampa.

—Hé aquí un viajero que me parece sospechoso—dijo el padre Maza.—Trae una balija á la grupa, y yo juraría que es militar, aunque viste de paisano.

—Y yo—dijo Tilín,—creo que en toda Cataluña no hay un caballo como éste.

Cuando estuvo á diez pasos, Tilín gritó:

—¡Alto!... deténgase el ginete.

Este se detuvo de mal talante.

—¿A dónde va usted?—preguntóle Tilín ásperamente.

—¿Y á usted qué le importa?... ¿Quién es usted?

—Soy el comandante Armengol, que manda un batallón de la división de Solsona—dijo el guerrillero, pareciendo muy complacido de tomar en su boca aquellos sonoros términos militares.

—¡Ah!... ¡ya!—exclamó el ginete con cierta sorna.—¿Pero qué batallón y qué divisiones son esos?... ¿Me encuentro entre la gente del célebre Tilín, que estos días da tanto que hacer en el país?

—Ese soy yo—dijo el exsacristán con orgullo.

El ginete saludó.

—Muy señor mío... Lo celebro mucho. Espero que no habrá inconveniente para seguir mi camino.

- Según y conforme. ¿Quién es usted?  
 —Soy hombre de paz. Realistas, liberales, jacobinos y apostólicos, son lo mismo para mí.  
 —¿De modo que usted no es nada?  
 —Nada.  
 —Grandísima falta: es preciso ser apostólico.  
 —Soy comerciante.  
 —¿Cómo se llama usted?  
 —Es curioso el señor militar.  
 —¿De dónde viene usted?  
 —Pesadito es el interrogatorio.  
 —Poco á poco—dijo Tilín tomando la brida del fogoso animal.—Usted no pasa adelante sin probarnos que no es un hombre sospechoso, un espía de Calomarde ó del marqués de Campo Sagrado. Será usted registrado; veremos si lleva papeles. En caso de que sea inocente le dejaré marchar quedándome con el caballo.  
 —No permitiré que me quiten mi caballo—afirmó el caballero con resolución y enojo.—Sabré defenderlo.

Pepet llamó á los guerrilleros que estaban más cerca.

—Este hombre es preso—les dijo.—Llévadle al ventorrillo donde está mi alojamiento. Vamos allá, padre Maza, que, ó mucho me engaño, ó este encuentro ha de dar algo de sí.

Viendo el ginete que la resistencia, á más de ser muy arriesgada, habría empeorado su ya malísima situación, se dejó llevar con el alma inflamada de ira y maldiciendo

entre dientes la hora menguada en que su mala suerte le llevara por aquel infernal camino. En el breve trayecto hasta la vivienda del jefe, esforzóse en tomar cierto aire de dignidad y confianza, porque mostrarse débil y receloso entre semejante gente, habría sido excitarla más y más á la barbarie. Si le tomaban por un personaje de posición elevada, de esos que con sus amistades y relaciones se sobreponen á todos los obstáculos, incluso á los de la justicia, fácil sería que no le hicieran daño. Así cuando se apeó junto al tinglado del ventorrillo entre un círculo de soldados y guerrilleros que admiraban la soberbia estampa del caballo, entregó éste al mismo que le había conducido y en tono de amo le dijo:

—Dale un pienso y agua. Cuidalo bien si quieres una buena propina. Si en vez de la propina quieres tres palos míos y una reprimenda del Sr. Tilín, tratámelo mal.

Dando dos palmadas de cariño al generoso animal, entró en el alojamiento, que consistía en dos fementidas piezas comunicadas entre sí, y ambas horriblemente sucias y desmanteladas, sin más muebles que las cojas mesas y los bancos de figón manchados de polvo y vino. El caballero hizo que entraran su balija, y después se paseó por la estancia sin dignarse mirar á los guerrilleros que allí había, dormitando unos y bebiendo ó jugando los otros.

Era el preso un hombre como de treinta y cuatro años, de gallarda figura y hermoso

varonil semblante. Su fisonomía, como sus modales y su vestir, revelaban esa hidalgúia que antes se consideraba principalmente vinculada en la alcurnia, pero que há tiempo ha pasado al patrimonio de todas las clases, aunque siempre viene desde la cuna. Su mirar tenía severidad y altivez en la precisa dosis que cabe dentro de la cortesía. Era bastante moreno, con hermoso pelo y bigote negros: calzaba botas polacas, y su traje tenía un corte especial que á distancia indicaba la mano de sastre extranjero. Su sombrero, que llevaba con gracia, no tenía entonces precedente en las modas españolas, pues era uno de esos blancos platos de lana que después se usaron mucho llevando el nombre de boinas. Este no era aún un nombre fatídico.

No hacía diez minutos que el caballero estaba allí cuando entró Armengol, acompañado de su segundo y del padre Mazas. Antes que le dirigiera la palabra, el preso dijo:

—Conviene que estemos un rato solos, señor brigadier.

Y él mismo señaló con un gesto la puerta á los guerrilleros. El padre Maza, juzgando que la orden de despejo no rezaba con él, acomodaba su crasa humanidad en un banco, cuando el caballero le dijo sonriendo:

—Si hoy necesito confesión religiosa, llamaré al padre mínimo. Por ahora únicamente tengo que hablar con el señor brigadier.

Quedáronse solos, y Tilín le dijo:

—Ha de saber usted que yo no soy brigadier.

—¿No? yo creí que sí... Como en Cardona oí hablar tanto de usted, y se decía que había sometido toda la provincia de Lérida, juzgué que un caudillo de tanto valor no podía menos de tener un grado muy alto en los ejércitos de la Fe.

— Soy comandante — afirmó secamente Tilín.

—Me habían dicho que era usted muy joven—dijo el caballero observándole con curiosidad y admiración,—pero nunca creí que fuera tanta su mocedad. Usted llegará á los primeros puestos, aunque es preciso contar con la envidia que intentará estorbar su carrera. Los jefes procurarán obscurecer sus triunfos, le rebajarán, le calumniarán tal vez... Hoy mismo, cuando son tan evidentes los servicios de Tilín, he oído censurarle por excesivamente atrevido, y hasta me han dicho que Pixola piensa quitarle el mando de esta fuerza... Amigo mío, no contaba usted con la envidia, que en nuestro país por desgracia, ennegrece todas las cosas...

—¡Destituírmel!... ¡quitarme el mando!—exclamó Tilín con ira.—Falta que yo lo permita. ¿Dicen eso en Cardona?

—Lo oí decir á dos frailes de San Francisco que ayer mismo comieron con Pixola en Clariana.

—¿Está Pixola en Clariana?

—Sí, señor... Ahora empieza usted su vida militar. Por lo mismo que la ha empezado gloriosísimamente, verá que todos esos figurones ineptos, todos esos holgazanes llenos

de vanidad tratarán de oscurecer su mérito y de apropiarse su fama.

—Mi mérito y mi fama—dijo Tilín gravemente,—si es que los tengo ó los puedo tener, saldrán por encima de todo.

—Así lo creo... Pero vamos á nuestro asunto. Es preciso que usted me deje partir inmediatamente.

—A eso vamos—replicó Pepet.—¿Y quién es usted? Juraría que no es comerciante.

—Así es, en efecto—dijo el caballero sonriendo con amable franqueza.—Pero la compañía de usted al interrogarme no me permitía decir la verdad. Había allí un fraile, y los frailes son indiscretos y parlanchines. Ahora que estamos solos, diré mi nombre y la razón de mi viaje. Me llamo D. Jáime Servet y vengo de Barcelona.

—¿Y á dónde va usted?

—A Cervera.

—¿Y qué objeto lleva usted? Eso es lo principal, eso—afirmó el guerrillero con buenos modos.—Si usted va como amigo de nuestra causa y me lo prueba mostrándome sus despachos, le dejaré seguir. Si usted va como particular á negocios propios, y me lo prueba, le dejaré seguir también quedándome con el caballo. Si usted es espía ó comisionado de Calomarde ó del marqués de Campo Sagrado, entonces le fusilaré... Vamos, no hay más que hablar. Ahora responda el Sr. D. Jáime Servet.

Sin vacilar, Servet respondió:

—Voy á Cervera á llevar órdenes de la Junta de Barcelona.

—Muéstreme usted los pliegos—dijo Tilín, sin mirar á su interlocutor.

—Mi comisión es de índole tan reservada, que nada llevo escrito. Las órdenes que llevo las daré verbalmente.

Sonrisa de duda y mofa contrajo los enormes labios de Tilín.

—En ese caso, la Junta daría á usted salvoconducto para que libremente atravesara el país sublevado.

—No tengo salvoconducto ni cosa que lo valga—repuso el caballero, sin perder su serenidad.—Lo tenía; pero por un descuido que pago muy caro, dejé ese papel en manos de Jep dels Estany, cuando me presenté á él en Vich.

—¿Qué casualidad!... Bueno, pues dígame usted esas órdenes verbales que va á llevar á Cervera.

—Si usted se llamara fray Agustín Barri, guardián de Capuchinos de Cervera, lo haría de buen grado. Mi deber es morir cien veces antes que revelar una palabra sola.

—¿Tan reservadas son esas órdenes?

—Lo son tanto y de tal gravedad para Cataluña, para España, para todo el mundo, que sólo el pensarlos espanta.

Guardó silencio Tilín durante un minuto, acariciándose la barba, y después miró á su prisionero, y con calma flemática le dijo:

—Usted es un impostor, usted es espía de Calomarde. Voy á mandar que le fusilen á usted inmediatamente.

El caballero tembló; mas dominando la

furibunda ira que hervía en su alma, se expresó de este modo:

—Sea, pues. Solo é indefenso no puedo protestar de ese horrible crimen, sino ante Dios. Pero no sólo la justicia divina, sino la humana, ha de vengarme algún día, y usted que, ensoberbecido con sus triunfos, encubre con la bandera de la fe el asesinato de un servidor de su propia causa, dará cuenta pronto, muy pronto, de mi muerte, y en toda su vida, por larga que sea, no aplacará sus remordimientos.

La entereza y el tono de solemnidad con que el forastero se había expresado, confundieron momentáneamente al voluntario realista. Clavando su mirada profunda y sagaz cual ninguna en el rostro del prisionero, díjole así:

—¡Uñas y rabo de Satanás! Si no es usted traidor, que me fusilen á mí. Jamás me equivoco. Pero observo que ha traído usted consigo una maleta. Déme usted la llave.

El extranjero sacó una llave, y arrojándola en el suelo á los piés de Armengol, volvió la espalda, y después de llevarse la mano á la frente, se puso á pasear. Tilín abrió la baula, y al registrar sus manos parecían las insaciables y viles manos de un aduanero.

—Ropa—dijo sacando varias piezas,—dinero... ¿Qué es esto?

Mostraba un pliego. El llamado Servet tembló al ver aquel pliego en manos del voluntario realista. Sin poder dominar su coraje, exclamó:

—Un papel, asesino. Léalo el que pueda.

Tilín fijaba sus ojos con atención en tres letras misteriosas trazadas sobre la cubierta del pliego.

—Esto parece masónico—dijo sonriendo diabólicamente.—¿Qué significan estas letras F. P. D.? ¡Uñas y rabo!... Por mi vida, que recuerdo haber oído hablar de estas tres letras á Mosén Crispí de Tortellá.

—Esas tres letras—dijo Servet acariciando una idea feliz,—quieren decir *Ferdinandum pedibus destrue*.

—¡Ah!... yo había oído aquello de *Lilia pedibus*... "pisotea las flores de lis."

—Aquí no se pisotea más que á Fernando. Aquel era un lema jacobino, este es un lema...

—Un lema...—dijo Tilín con ansiedad.—Pero leeremos lo que dice este papel.

—Un lema apostólico—afirmó prontamente el llamado D. Jaime.

Abrió el papel para leerlo; pero al punto exclamó con desconsuelo:

—Si está en latín.

En el semblante del prisionero brilló un rayo de esperanza. Inmutóse como la cara del reo que vislumbra su salvación.

—Llamaré al padre Maza para que me lo traduzca—dijo Pepet.

El semblante de Servet se nubló segunda vez. Por dicha suya, antes de apartarse de la maleta, Tilín vió otro pliego. Tomándolo leyó el sobre-escrito que decía:

*A la señora Madre Abadesa de San Salomé en Solsona.*

Tilín, estupefacto, no apartaba sus ojos de aquellas letras.

—Lea usted —dijo el caballero animándose considerablemente,—si es que en las costumbres de los guerrilleros entra también el sorprender los secretos de las damas.

—Esta carta es...

--De doña Josefina Comerford —replicó con imperturbable audacia y gravedad el caballero.

Tilín, que ya había empezado á desplegar la oblea con su grosero dedo, se detuvo. El caballero, firme con su difícil papel de osadía y descaro, que era el único conveniente en tales circunstancias, prosiguió así:

—Concluyamos. Me repugna esta escena de Inquisición. Si he de ser arcabuceado que sea de una vez. Necesito un confesor, como católico cristiano. Caiga mi sangre sobre la cabeza de mi asesino. Una sola disposición me cumple hacer.

—¿Cuál?

—Que lleve usted esos paquetes de oro y esa carta á donde dice el sobre.

—¿A las monjas?

—Sí. El resto de mi comisión no puedo revelarlo. El secreto se va conmigo y con usted la responsabilidad de este crimen.

Tilín puso la carta en la balija, y acompañando sus palabras de un gesto desenfado y como generoso, exclamó:

—Caballero, es usted libre. Puede usted seguir su camino.

Mientras el caballero daba interiormente

gracias á Dios por el buen término de aquella peligrosa aventura, el terrible soldado colocaba el dinero y las ropas en su sitio.

—Un favor espero de usted, caballero—dijo al concluir.

—Estoy á sus órdenes.

—Que lleve usted una carta mía á San Salomó. Es para Sor Teodora de Aransís.

Tilín sacó del pecho una carta que había escrito aquel día y después de mirarla con cierta expresión afectuosa, la entregó al mensajero.

## IX

Recobrados el caballo y las armas, puesta en orden la balija y apurado un vaso de vino con que le obsequiara el jefe de la partida, púsose el caballero de nuevo en marcha sin querer detenerse, á pesar de los ruegos de Tilín y del padre Maza que le incitaban á descansar aguardando la frescura de media noche para seguir su viaje. El les dijo muy cortesmente que de buen grado pasaría unas horas en tan grata compañía; pero que la premura y gravedad de las órdenes que llevaba no le permitían reposo alguno. La verdadera causa de su precipitación era un deseo vehementísimo de ponerse á gran distancia de semejantes pájaros y no dar tiempo á que el bravo Tilín se arrepintiera de su generosidad. Metió espuelas para alejarse todo lo posible, temeroso de que fueran en su segui-

miento, y cuando se creyó seguro dejóse ir con lentitud para meditar sobre el grave suceso pasado y dar gracias á Dios. La noche era oscura y el camino solitario; pero el alma del caballero estaba alegre.

—Otra vez mi buena estrella—decía,—ó mejor, la Divina Providencia me ha sacado sano y salvo de un gran peligro. ¡Bendito sea Dios que me ha salvado de una vez más, y sírvame este suceso de aviso y lección para no meterme otra vez en aventuras tan arriesgadas como poco provechosas! Maldita fué la hora en que discurrí pasar de Barcelona á Zaragoza, y según voy viendo más corto será el camino de la Meca. Salgo y las partidas me impiden llegar á Manresa; tomo el camino de Berga y las partidas me echan sobre Cardona; ahora creo que voy en dirección de Solsona, pero no me asombrará verme á las puertas de Pekín si sigo tropezando con bandidos y sacristanes. Me he metido en un país encantador que está saboreando las delicias de la guerra civil más bestial, más soez y repugnante que imaginarse puede... ¡Ah! señores míos, señores míos (al decir esto parecía dirigirse á alguien que podía escucharle), no conocen ustedes la tierra que desean reformar. Esto no tiene enmienda por ahora ni hay alquimia que de esta basura haga oro puro. Lo que he pensado y sostenido varias veces lo veo y lo palpo ahora... Un puñado de hombres refugiados en Inglaterra se empeñan en librar á su país del despotismo y mientras ellos sueñan allá, ese mismo país se

subleva, se pone en armas con fiereza y entusiasmo, no porque le mortifique el despotismo, sino porque el despotismo existente le parece poco y quiere aún más esclavitud, más cadenas, más miseria, más golpes, más abyección.

Había soltado las riendas como D. Quijote cuando le hervían en la cabeza los pensamientos, y mecido por el lento paso del animal que también parecía cavilar sesudamente en la vanidad de las glorias caballares, dejábase llevar por sus recuerdos y sus reflexiones á distintas esferas.

—¿Y á qué voy yo á Zaragoza?—prosiguió.  
—¿A qué? Mis pasos por este país son tan insensatos como los del caballero andante más loco, más ridículo y más extraviado que hizo disparates en el mundo. ¿A dónde voy yo?... ¿La principal misión que me encargaron no la he desempeñado ya? ¿No me dijeron: “explora y examina cómo está el país, tómale el pulso y observa si está dispuesto á apoyar una sublevación liberal?” Pues bien, yo he venido, yo he examinado, yo he tomado el pulso y he visto ¡mala peste nos dé Dios! la horrible fiebre del absolutismo más abrasadora que nunca... ¡Señores *mineros* (1), vengan todos acá y verán qué divina patria tenemos! ¡Da gozo viajar por estas amenas provincias, pobladas de frailes y guerrilleros hambrientos de esclavitud como la hiena de

(1) Este nombre se daba en Londres y en el círculo de emigrados á los partidarios de Mina.



carne muerta!... ¿Qué tengo yo que hacer aquí? Nada: ya he visto demasiado. La lección es buena y suficiente, el peligro que mi pellejo corre extraordinario. Vámonos á la frontera. Patria querida, me repugnas.

Arrendando á su caballo miró al horizonte hacia el Norte. Expresión de desdén y amargura nubló su rostro, cuando apartando su corcel del camino real se metió por una senda que á mano derecha partía en dirección al monte. Pasó junto á las tapias del cementerio de una aldea, pasó junto á la misma aldea que era un montón de ruínas gloriosas del tiempo de la guerra con los franceses, y al poco trecho se detuvo. Sus pensamientos habían dado una brusca vuelta como la veleta atormentada por el viento.

—No—dijo hundiendo la barba en el pecho después de mirar al cielo.—Es preciso ir á Zaragoza. ¿Qué me detiene? ¿el peligro? ¿Tendré yo menos valor que el pobre Valdés, héroe y mártir en Tarifa, que los hermanos Bazán sacrificados en Alicante? ¿Y por qué he de ser tan desgraciado como ellos? Sí, aventurero, déjate de subterfugios y ve á Zaragoza... No hay que fiar demasiado en las apariencias. Ni todo el país está tan fanatizado como Cataluña, ni toda Cataluña está compuesta de frailes, ni todos los frailes son guerrilleros. En Barcelona hay liberalismo y cultura suficientes para compensar este salvajismo de la sublevación apostólica. No hay que desconfiar todavía. Las poblaciones podrán arrancar á las aldeas su barbarie si hay

empeño en ello. No, no será tanta la abyección de este pedazo de tierra europea que dispongan de su suerte media docena de monjas y otros tantos canónigos. Los tenebrosos intrigantes del *Angel Exterminador* no prevalecerán aunque lo mande el Papa y aunque se devanen los sesos todas las eminencias de cal y canto que farolean en el cuarto del infante D. Carlos.

Espoleando á su caballo volvió al camino real.

—¿No es lastimoso que me vuelva sin des empeñar la mitad de mi comisión? ¿Si salí en bien de la primera mitad, por qué no he de salir en bien de la segunda? Dios me ha favorecido siempre, á pesar de ser yo tan gran pecador, aunque no empedernido. Adelante, adelante y salga el sol por... Zaragoza. Si ahora vuelves al extranjero y te preguntan: "¿Qué has hecho?", ¿podrás responder algo? Algo sí, pero no lo bastante. Los barceloneses responden de reunir dos mil paisanos armados, y aseguran que los voluntarios realistas de aquella ciudad son poco temibles. Es verdad; Cataluña sublevada por el absolutismo delirante, no es el mejor terreno para una tentativa; pero lo que es imposible en Cataluña, ¿no será hacedero en Aragón, donde el clero tiene mucho menos poder? Además, este infame levantamiento clerical que aquí es un obstáculo grande, ¿no puede ser un auxiliar en otra parte? Calomarde acudirá con todas sus fuerzas á Cataluña, y el corazón de España quedará desamparado por el absolutismo.

¡Ah! cómo paga el infame absolutismo su culpa. Este asqueroso tumor que le ha salido dará con su podrida existencia en tierra... Aventurero, marcha.

Después de distraerse pensando en otras cosas que no interesan al lector, volvió á dar en su misma idea y dijo:

— Veamos; ¿qué has hecho tú? ¿qué has hecho para justificar tu vuelta al extranjero? ¿Has dado á conocer la noble idea que hoy agita á lo más selecto de los emigrados? Apenas la manifesté en Barcelona, todos la creyeron irrealizable. Es una ilusión, un disparate, un cuento de viejas. Pero ¡ay! hemos visto tantos disparates convertidos en realidad de la noche á la mañana. ¿Quién pudo creer que España resistiera á Napoleón? Nadie, y sin embargo... Hoy todo liberal español á quien se dice que nuestra salvación estriba en cambiar de dinastía, poniendo en el trono á D. Pedro de Braganza, se ríe y duda. ¿No aspiran los apostólicos á cambiar de rey? Poco á poco la idea de un cambio de familia dejará de causar espanto... ¡Ah!... ¡D. Pedro, D. Pedro!... Verdaderamente es un disparate; pero un disparate seductor que se presta á ser propagado. Adelante, pues. No me voy á Francia sin arrojar esta idea en el surco. Anda, aventurero, anda. Todavía tienes afeciones en este país. Tu patria te llama con voces distintas; te llama con la voz cariñosa de una mujer; te llama con la voz grave del interés. Aventurero, eres pobre, pero vas á ser rico: has heredado. Un tío que ha vuelto de

América te ha dejado algunos miles, que es preciso recoger. Sí; no se vive sólo de ideas, se vive también de pan. Ya que sigues adelante, aventurero, sé prudente, toma precauciones. Llevas papeles que te comprometen. ¡Fuera toda esa carga inútil, por si viene el naufragio!

Diciendo esto se apartó del camino, ató su caballo al tronco de un árbol, y poniendo la balija en el suelo, apresuróse á hacer prolijo escrutinio de lo que en ella había.

— Este papelote en latín de nada me sirve ya—dijo, rasgándolo. — Con la autorización escrita y cifrada que me dió la Junta de Barcelona para la de Zaragoza, me bastará. Explicaré verbalmente las ideas que traigo de Londres. La carta de Torrijos podría servirme, pero la sacrificaré también. La de Chapalangarra es inútil, porque tengo amigos en Navarra. Esta otra de Palarea está tan bien imaginada y encubre tan bien el objeto con el artificio de la recomendación para comprar harinas, que la conservaré. Romperé la de D. Alejandro O'Donnell que no encubre bien la comisión, porque esto de que vaya á vender reliquias un comerciante de harinas, no engañará más que á los tontos. Esta lista de personas dada por Mendizábal, tampoco conduce á nada nuevo: en tierra con ella. ¡Ah! aquí sale mi salvación: la escuela para las monjitas de San Salomó... muy señoras mías. Si aquella buena mujer que me alojó en Cardona no me hubiera dado este papel, que creo es una especie de memorial pidiendo choco-

late, á estas horas quizás estaría ya delante del Padre Eterno, no pidiendo chocolate, sino dándole cuenta de mis culpas. También guardaré la carta de Tilín para la monja. ¡Benditos sean los amigos que me enteraron de las intrigas de doña Josefina de Comerford y de las madrecitas de San Salomó! Sin estos preciosos datos, ¡pobre de mí!... Todo está bien; vuelva la balija á la grupa, el hombre al caballo, el caballo al camino, y Dios por delante.

Ningún encuentro digno de ser mencionado tuvo aquella noche. Al divisar los muros de Solsona encomendóse á Dios para que no le deparase ninguna desventura en la histórica ciudad episcopal; pero sin duda el Autor de todas las cosas, ó le creyó indigno de misericordia por la magnitud de sus pecados, ó quiso someterle á sufrimientos muy amargos para probar el temple de su espíritu, porque no bien pisó el caballo blanco los guijarros que pavimentaban las calles de Solsona, cuando cayeron sobre el caballo tantas desventuras, que tuvo por dichoso el encuentro con Tilín y las demás trapisondas y padecimientos de su trabajada existencia. Dejémosle ahora lamentando su triste suerte en las mazmorras del Ayuntamiento de Solsona, y antes de ocuparnos de los reveses de este aventurero desconocido, veamos lo que aconteció al bravo Tilín y el giro que tomaron sus asombrosas y nunca vistas proezas.

## X

Había corrido próximamente un mes desde la gloriosa salida del voluntario realista á civilizar los pueblos de la sierra, cuando recibió orden de Pixola, mandándole que al punto se trasladase á Solsona. Maravilló á Tilín esta premura y la sequedad del despacho; pero mucho mayor fué su sorpresa cuando al entrar en Solsona con su ya numerosa partida, vió que Pixola, en vez de recibirle con los brazos abiertos y encomiar el éxito de la expedición, recibíale ásperamente, sin mostrar ni un ápice de entusiasmo por tan descomunales servicios, ni menos alabar su heroico valor. Aquel primer arañazo dado por la horrible arpía, enemiga de las humanas grandezas, hizo manar sangre del ardiente corazón de Pepet Armengol.

Gran condescendencia fué que el carnívero reconociese y otorgase á nuestro héroe los grados que este mismo se había dado por un procedimiento novísimo en los fastos de las improvisaciones personales; mas con esto el discoloro guerrillero demostraba que no sólo aborrecía á Pepet, sino también que le tenía un tantico de miedo. Ni la muchedumbre de mozos útiles, ni las armas, ni el dinero, bastaron á modificar la opinión de Pixola sobre los merecimientos de su subalterno, la cual, como se asentaba en la ruin envidia, más desfavorable era cuanto mayores motivos había